

# ORIANA

Carmelo Vilda

**ORIANA** es una película muy importante para el cine venezolano. Aporta una infusión tónica, una manera de contar y sugerir con el lenguaje del cine, con las imágenes de los objetos que pueblan nuestro inconsciente colectivo. A la belleza plástica añade una textura narrativa rigurosa envuelta en la espuma telúrico-ancestral que la inspira. Se trata de una belleza efectiva, desnuda, muy lejos de la orfebrería versallesca. A pesar de la tragedia que plantea, resulta una película fresca, intensamente lírica. Algo así como una elegía. La fotografía, por su parte, capta con eficacia transfiguradora la índole evocadora y el poder misterioso de la trama. La cámara no sólo ve, también olfatea, palpa y saborea. La dirección, siempre latente, se impone hasta en los últimos detalles. Se nota el halo de la sensibilidad femenina, la elocuencia de los matices que se dicen sin palabras. Hay sensación de equilibrio difícil, de majestad y fuerza, de disciplinada emoción.

## FICHA TECNICA

**ORIANA** Francia-Venezuela 1985

**Dirección:** Fina Torres y

Antoine Lacomblez  
sobre un cuento de  
Marvel Moreno

**Fotografía:** Jean Claude Larrieu

**Montaje:** Christine Lack

**Música:** Eduardo Marturet,  
con extractos de  
Faure, Bach y Beethoven

**Sonido:** C. Bertrand

**Escenografía:** Asdrúbal Meléndez

**Productor**

**Ejecutivo:** Alfonso Henríquez

**Elenco:** Doris Wells,

Daniela Silverio,

Rafael Briceño,

Mirta Borges,

Maya Oloe,

Claudia Venturini

**Estreno:** octubre - 1985

María, casada y residente en París, ha heredado la hacienda que habitó su tía Oriana en el litoral central venezolano. Como no puede ocuparse de ella decide regresar a Venezuela con la intención de vender el caserón. Pero a medida que recorre la estancia surgen desempolvados sus recuerdos adolescentes. ¡También vivió allí ella hace ya treinta años! De pronto se siente sacudida por los vientos inquietantes de un pasado ineludible y percibe que no se puede huir sin más ni más de la tierra donde se nace. Cada puerta que abre (no he visto película en la que se abran y cierren tantas puertas y ventanas) es pasadizo hacia evocaciones de alta tensión. Mediante frecuentes y bien manejadas retrospectivas, de emoción en emoción. María va hilvanando con eficacia descriptiva la psicología pasional de Oriana, enamorada de Sergio, su hermanastro, hasta llegar al incesto. La de Fidelia, altiva y callada, como las sirvientas negras, mural silencioso de todas las luces y sombras familiares. Herida en su pundonor, porque el dueño mata al hijo común, se venga con venenos.

Ella misma, María, recuerda ahora el despertar de su sensualidad, los primeros roces con lo prohibido, la curiosidad por conocer los secretos familiares guardados en epistolarios silentes, en estuches inviolables, en las paredes húmedas de tanta soledad y relente, en las ropas amortajadas por un tiempo que parece enroscado en sí mismo. María evoca estremecida esas historias de miedos y vergüenzas, filicidios, incestos y revanchas.

Pero **ORIANA** no es sólo la historia de estos sucesos sino un estudio de introspección psicológica. Oriana, María y Fidelia son destellos de los múltiples espejos que refractan las luces sombrías, la soledad martirizada de la mujer latinoamericana, de su desesperada sensualidad sacrificada a los arbitrios del macho. Su destino es convivir con padrastros, con mediohermanos, con madres furtivas. Es el camino hacia el delirio.

El relato se sitúa en ese momento clave del siglo XX en que agoniza la Venezuela feudal y se asoma la conciencia republicana democrática. Hay todavía imposiciones obsesivas sobre los gestos de las mujeres, su compostura sometida siempre a las asperezas de ascéticas convenciones. No les queda más salida que la ensoñación ensimismada y las horas mustias delante de fotografías macilentas como ofrendas votivas de su interioridad amordazada. El sexo como preocupación fantasmal, delicuescente y espectral, se convierte en pesadilla. Con la sutileza del bisturí, Fina Torres punza esas zonas genealógicas donde el trayecto se hace úlcera o tumor. Son recodos doloridos delatores de vergüenzas y de culpas ancestrales.

\* \* \* \*

Gran mérito de la Directora es haber conseguido imponer un ritmo pausado, digestivo, que equilibra todos los elementos de la trama. No hay fogonazos sino un esquema coherente que no distorsiona el conjunto. No se trata de un film lento sino empozado. No es morosidad sino indagación de la memoria, alquimia psicológica para que adquiera su propio relieve ese mundo de interiores, anaqueles polvorientos e imágenes pasmadas en la pátina del tiempo. Me fascinó precisamente ese tratamiento hacia adentro, que elude la premura y con-



duce a la densidad profunda. La historia no resbala ni se apelmaza. Mantiene su mordiente en forma espiral poco a poco más angosta. Incluso consigue aliviar la fatiga de una acción centrada exclusivamente en un único escenario (la hacienda) donde se concitan gradualmente todos los espíritus familiares con su propio maleficio y crueldad destructora. Los símbolos, por tanto (puertas, armarios, cofres... y en general todos los ámbitos penetrables), adquieren plena significación en el contexto de una sociedad cerrada al progreso histórico, al sexo, al amor. Quien se atreva a transgredir las normas será víctima de la osadía. ¿No muere Sergio a golpes de estaca, es decir, a golpes de su propia virilidad? ¿No será castigada Oriana a ser "casona" de por vida? "De aquí no saldrás nunca", pronostica el padre enfurecido. El cuerpo de la mujer no se puede exhibir en una sociedad machista.

Pero nada se exagera, apresura o sobreactúa. Es la inexorable lógica de la

fatalidad la que dirige el desarrollo de los acontecimientos. Me resulta difícil por eso resaltar virtuosismos actorales, ni en la música, fotografía, sonido o escenificación. Lo mejor es el todo resultante, la sabia dirección que permite al espectador intuir, interpretar y trascender la pantalla. ¡Lo hace cómplice! Es lo que contribuye a que ORIANA sea una película impactante, mezcla de desafío y deseo, exploradora de territorios muy íntimos. Da que pensar.

El guión ha sido dosificado con inteligencia y proporción para descargar las sospechas o tensiones a cuentagotas manteniendo siempre el interés y la expectación a pesar de las reiteraciones simbólicas tales como las quejumbres de las puertas, las luces foscas y las sinestesias de anquilosamiento. No interrumpe, no amontona, más bien limpia y adelgaza la palabra para pretar el sentimiento con silencios y dar paso a la música. Gradúa eficazmente la tensión hacia el clímax. No se desborda nunca ni se so-

brepone a la imagen.

Igualmente el montaje favorece la continuidad comprensiva del relato a pesar de las frecuentes retrospectivas y de los diversos actores que personifican a Oriana y María.

La trama ha sido urdida y resuelta con austera intención. Estupenda la concisa escuetez de las venganzas. Apenas se insinúan. Es la fuerza de lo fuerte y de lo sugerido lo que otorga intensidad y misterio.

Nada escapa al quehacer fílmico de Fina Torres. Nada es pretexto ni estorbo. La atmósfera que arropa tibiamente las cosas y los rostros, las miradas medrosas, vigilantes, los ademanes coagulados, las preguntas que se responden con silencios ¡y ese tiempo que mueve las agujas pero no avanza como las olas del mar! denotan una planificación ambiciosa. Magnífica la caracterización de Oriana con su voz sarpullida, expresión de un aristocrático aburrimiento. Me recordó a la Gioconda. Habla como si escuchara desde lejos, desde las nebulosas de la tragedia, desde la melancolía que producen las languideces musicales del piano. No hay esfuerzo en sus sienes ni en los labios tan desabridos que no modulan las palabras. Alado el movimiento, reposada la compostura, intuido sólo el retorcimiento interior como si la serpiente se mordiera la cola, para sonreír, para no llorar. Tal vez porque no puede morir.

\* \* \* \*

La película comienza en París. María decide vender la hacienda que ha heredado en Venezuela. Termina en la vieja casona colonial: "Georges, la casa no se vende". Entre ambas secuencias noventa minutos de cine, plasticidad, inventiva y brillantez narrativa.

ORIANA es una película entrañablemente venezolana. Por eso también universal. Hay un corazón de pueblo, una época y un país que Fina Torres aborda tal vez porque no lo puede eludir ni como persona ni como cineasta. Aunque haya estudiado o resida en París.

¿Insinúa ORIANA una profecía, la "vuelta a la patria?", el final del éxodo exterior, cambio de rumbo "tierra adentro" en una reflexión sobre "la misma tierra"? La película da para esto y mucho más. Frente a la Venezuela que se vende se reniega o se evade, aparece ahora la Venezuela que se asume y se reconstruye con amor, pasión y trabajo. Oriana constituye un jalón muy emotivo, una incitación.